

# EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Redaccion y Administracion.

Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.

En Córdoba, trimestre, 6 rs.  
Fuera de la capital; id., 7 id.

REDACTORES.

D. Carlos Diaz Bolla.  
» Enrique Valielomar Fábregues.  
» Carlos Franquelo Romero.  
» Luis Lopez Amigo.  
» Benito Avilés Merino  
» Ratael Garcia Vazquez.

COLABORADORES.

Srta. Garcia (D.<sup>a</sup> Amparo).

Alcalde Valladares (D. Antonio).  
Aviles (D. Angel).  
Aragon (D. José M.)  
Ballesteros (D. Manuel).  
Conde Souleret (D. Rafael).  
Delgado Lopez (D. Dámaso).  
Fernandez Grilo (D. Antonio).  
Franquelo (D. Eduardo).  
Fuente de Quinto (Baron de).  
Fernandez Ruano (D. Manuel).  
Illescas (D. Ricardo).

Jover y Paroldo (D. Jose).  
Jerez Perchet (D. Augusto).  
Meledo (D. Rafael).  
Navarro y Porras (D. Luis).  
Pavon (D. Francisco de Borja).  
Power (D. Teobaldo).  
Pavon (D. Rafael).  
Ramirez de las Casas-Deza (D. L.).  
Vasconi (D. Angel).

## SUMARIO.

EL GRAN TEATRO DE CÓRDOBA, por A. Avilés.—EN LA APERTURA DE EL GRAN TEATRO DE CÓRDOBA, soneto, por F. de B. Pavon.—A CÓRDOBA CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DEL GRAN TEATRO, soneto, por Carlos Diaz.—EL NUEVO ENCANTO DE LA MUJER, por J. Selgas.—VARI DADES.—LOS OJOS.—ROMANCE MORISCO, por Faustino Diaz y Sanchez.—MISCELÁNEA.—TRADICIONES DEL RHIN, continuacion por Eduardo Franquelo.

## EL GRAN TEATRO DE CÓRDOBA.

Un ingenioso periodista, estimado amigo nuestro, dando cuenta de la inauguracion del nuevo y magnifico coliseo con que justamente podemos ufanarnos hoy los cordobeses, se hace eco de cierta frase muy repetida estos dias, y dice que al asistir á las funciones dadas en el Gran Teatro «se está fuera de Córdoba.»

La frase tiene gracia; pero carece, á nuestro juicio, de exactitud. Nunca nos ha parecido tanto que estábamos en Córdoba, como al hallarnos en ese lujoso y elegante recinto, destinado á servir de templo al arte de la escena.

¿Acaso la culta sociedad cordobesa, que es el núcleo y el atractivo de nuestra antigua y famosa ciudad, está fuera de su centro en el Gran Teatro? ¿Acaso nuestras bellísimas damas no merecen el suntuoso local que la riqueza, y la inteligencia en fecundo y noble consorcio acaban de erigir para que luzcan aquellas sus encantos, y busquen el grato solaz y el instructivo recreo de que son tan dig-

nas? ¿Será por ventura el marco mejor que el lienzo? No, de ninguna manera.

Cuando se está en el Gran Teatro, se está en Córdoba; como cuando en los hermosos salones del Círculo de la Amistad se asiste á un baile ó á una fiesta literaria ó musical, se está en Córdoba tambien; y se está, cuando las solemnidades religiosas nos llaman al maravilloso templo que no tiene par en el mundo; y se está cuando las perfumadas auras de primavera nos atraen á las poéticas huertas de nuestra espléndida sierra; y se está cuando se pisan las orillas del

*rey de los otros rios caudaloso;*

y se está, por fin, siempre que se tiene la fortuna de hallarse bajo este luminoso cielo, que ha cobijado desde tiempos remotos tantas grandezas y tantas magnificencias!

La *colonia patricia*, la ciudad de los Abderrahmanes, la pátria de Séneca, de Lucano, de Juan de Mena, de Pablo de Céspedes, de Angel de Saavedra, no es esa poblacion súcia y mal empedrada que se censura, sino una poblacion digna del Gran Teatro y digna de cuanto pueda hacerse en ella que con el Gran Teatro pueda compararse. Esa es Córdoba, cuya privilegiada situacion, cuyos hermosos alrededores, cuyo sano y benigno clima, cuya sensatez, cordura é ilustracion llama en estos momentos mismos á todos los que huyen de la exageracion y el extravio de las pasiones, y desean calma y tranquilidad y bienestar; esa es la ciudad de quien dice elegantemente un distinguido escritor italiano: «Cór-

*dova! Non mi par d' averla vista; mi par d' averla sognata!»*

\* \*

Exactísimas encontraría las ideas que acabamos de apuntar el viajero que, visitando á Córdoba por primera vez, ó volviendo á ella despues de algun tiempo de ausencia entrase por la espaciosa calle del Gran Capitan y viése el exterior del Gran Teatro.

De las tres fachadas que tiene, se distinguen desde luego dos: la que dá á la calle de la Alegria, que es la principal, estilo del renacimiento italiano, con cinco puertas, de tres méetros de anchura la del centro, y dos pisos de elegantes balcones; y la que mira á la mencionada calle del Gran Capitan, tan original como bella, presentando cinco pabellones salientes ornados con medios puntos y otros tantos bustos de celebridades en la música y la literatura, y luciendo los cuatro cuerpos intermedios sendos balcones antepechados y lindisimos guardapolvos en que campean liras entre dos volutas y palmas. Estos atributos y su acertada disposicion indican admirablemente el objeto á que está destinado el edificio.

Entrando en él, hállanse espaciosos pasillos, cuatro grandes escaleras para servicio del público, dos magníficos salones de descanso; y una vez en la sala ó patio cuatrocientas veinte butacas de rejilla tan anchas y cómodas como elegantes, veinticuatro plateas, ocho palcos proscenios, veintiocho principales, veinte segundos, un anfiteatro con ciento cincuenta localidades, y un paraíso que puede dar cabida á ochocientas cincuenta personas: todo ello adornado con esquisito gusto, resaltando el blanco y el oro de los calados antepechos de hierro fundido y preciosa labor, sobre el fondo rojo de los palcos, é iluminado todo por multitud de luces colocadas alrededor de la sala; puesto que se ha suprimido la antigua lucerna, tan incómoda para aquellos entre cuya vista y el escenario venia á interponerse en los antiguos teatros.

La embocadura, la constituyen dos pilastras con sus correspondientes basamentos, ornadas con atributos en relieve, y sosteniendo un fronton de dos volutas con una lira entre palmas; y coronando y completando la suntuosa sala, el techo admirablemente pintado, sencillo á primera vista y que revela, sin embargo, que su autor posée tantos conocimientos estéticos como rica paleta y brillante pincel.

Vista la sala, cuyas localidades todas pueden dar cabida á mas de dos mil y cien personas y excitado el deseo de conocer la segunda mitad, digámoslo así del teatro, puede admirarse un escenario de extraordinarias dimensiones, con profundo foso y altísimo telar, tablado compuesto de piezas movibles que desaparecen cuando es preciso sin que el público lo note, siete cajas de bastidores en cada lado, veinticuatro escaleras, salon de descanso para los profesores de la orquesta, hermosos cuartos para los actores y aparatos de gas, tornes pies derechos, y cuanto el arte y la industria, aplicados á la escena han inventado hasta el dia. Hay además cuatro palcos llamados de luto, desde donde las personas que en ellos están, lo ven todo sin ser vistas del público.

\* \*

Y ¿á quien debe Córdoba esta obra magnífica? Al opulento banquero D. Pedro Lopez, que no ha temido emprenderla invirtiendo en ella cuantiosas sumas, con tal resolucion y tal perseverancia, que revelan más que un cálculo mercantil, una aspiracion noble y levantada; á la clara inteligencia y vastos conocimientos del distinguido arquitecto D. Amadeo Rodriguez, tan modesto como ilustrado; á la inspiracion del notable pintor D. Francisco Gonzalez Candelbac, á los excelentes artistas Sres. Simancas, Inurria, Fernandez, La Rosa, Serrano, Juliá Vilaplana, Pozo, Mateo, Suñer y otros más; y—¿perqué no hemos de decirlo también? al vigilante celo del hijo del propietario, de D. Manuel Lopez, que se ha multiplicado, especialmente en los últimos dias, para activar los trabajos todos.

\* \*

La solemnidad de la inauguracion, verificada el Domingo 13 del presente mes, á los dos años escasos de haberse comenzado la obra, proporcionó un triunfo legítimo, una verdadera ovacion á los señores que acabamos de nombrar. Llamados á la escena por el numerosísimo público que llenaba todas, absolutamente todas las localidades del coliseo, entre nutridísimos y entusiastas aplausos, se presentaron primero los Sres. Rodriguez y Candelback, recibiendo sendas coronas y calurosas muestras de admirador afecto, así como los demás artistas mencionados, larga cosecha de bravos y palmadas. El propietario señor Lopez, fué objeto de otra entusiasta ovacion al presentarse en su palco.

También hubo aplausos para los actores y para la orquesta, que se han repetido durante

las seis funciones dadas desde la inauguración hasta el día de hoy, en que las Sras. Villó y Montañés y los Sres. Marimon, Pló, Guzman, Pastor, Cubas y demás artistas, perfectamente secundados por el conocido director de la orquesta Sr. Bonoris, y los profesores que están bajo su dirección, han interpretado las zarzuelas *Mirra*, *Mis dos mujeres*, *Las hijas de Eva*, *Marina*, *El loco de la Guardilla*, *En las astas del toro*, *Sensitiva* y *El molinero de Subiza*; puestas con gran propiedad y lujo, en que incluimos nueve preciosas decoraciones, obra del Sr. Candelback.

\*  
\*  
\*

Hemos hecho un bosquejo ligerísimo é incoloro de lo que es el Gran Teatro de Córdoba, de lo que ha sido la inauguración, de lo que se debe á las personas que nos han dotado de este suntuoso templo erigido al arte escénico en nuestra patria.

Réstanos solo decir que si Córdoba era digna de un gran Teatro, el *Gran Teatro* es por todos conceptos digno de Córdoba.

Λ\*\*\*

### En la apertura del Gran Teatro de Córdoba

ERIGIDO

POR EL SR. D. PEDRO LOPEZ MORALES.

No place á el cielo que extinguir se vea  
El estro cordobés.—Con sus *Troyanas*, (1)  
Un Séneca alcanzó que á almas romanas  
Penetrase el terror, cual con *Medea*.

No el coturno de Alfieri bastardea  
Con Solís (2) entre Musas castellanas.  
Por *La fuerza del sino* (3) vense ufanas,  
Y en Saavedra su lumbré centellea.

Faltó al númen favor, y al Arte un templo:  
Mas Lopez que lo erige y enriquece  
Dó hubo Gonzalo su esplendente cuna;

Pregona á el porvenir con noble ejemplo,  
Que gloria y pátrio amor mas engrandece,  
Que oro estéril de sórdida fortuna.

F. DE B. PAVON.

Córdoba 13 Abril, 1873.

(1) «Las Troyanas y Medea» son tragedias del cordobés L. A. Seneca.

(2) Don Dionisio Solís nacido en Córdoba, poeta dramático autor de «Camila, Virginia» y otras obras.

(3) «D. Alvaro ó la fuerza del sino» una de las composiciones que hacen mas célebres á D. Angel Saavedra, Duque de Rivas.

## A CÓRDOBA

CON MOTIVO DE LA INAUGURACION  
DEL GRAN TEATRO.

SONETO.

Aquí do el númen del ingenio hispano  
Arde fecundo en luminosa pira;  
Do Flora perfumada acaso inspira  
El sonoro cantar del gran Lucano;

Aquí do emporio del saber humano  
La raza ilustre del Omniad admira,  
Y en cántiga oriental templada lira  
Pulsa en su Eden de Ben-Arut la mano;

Donde Mena y Saavedra sus cantares  
Dieron del Bétis á la umbrosa orilla,  
Hoy se erigen del arte los altares.

Salve ¡oh ciudad! del tiempo maravilla,  
Que si el aura de ayer besa tus lares  
Radiante el sol de tu esperanza brilla.

CÁRLOS DIAZ.

## EL NUEVO ENCANTO

de la mujer.

El poderoso atractivo que esa bella mitad del género humano, que se llama mujer, ejerce sobre la otra mitad que se llama hombre, ha adquirido recientemente, digámoslo así, un nuevo encanto.

El secreto estaba cuidadosamente guardado en las profundidades de ese saco misterioso donde se ocultan todas las cosas que no se saben.

Una mano curiosa ha tropezado con él y sacándolo de la oscuridad de su escondrijo ha dicho: Aquí está esto.

La mayor parte de las mujeres que lean estos renglones, al llegar aquí, llenas de impaciente curiosidad acudirán al espejo buscando en él ese nuevo atractivo, ese nuevo encanto que poseían sin saberlo.

Examinarán atentamente las mas seductoras combinaciones de la mirada, probarán todas las actitudes, todos los movimientos, todas las sonrisas, y se apartarán del espejo dirigiéndose á sí mismas esta pregunta íntima: ¿Qué será?

Después de una meditación mas ó menos profunda se darán una palmada en la frente: ya están en el secreto.

La moda infatigable ha producido alguna nueva y extraordinaria maravilla que hace irresistible para el corazón del hombre el imperio de las mujeres.

No hay duda, aquí hay alguna invención maravillosa, algún adorno supremo que posee la doble virtud de realzar la belleza de las mujeres hermosas y de ocultar las imperfecciones de las mujeres feas.

Aquí hay un vestido irresistible, un sombrero encantador ó un aderezo celestial que ha convertido de repente á la mujer en ángel.

¿Será esto?

Quizá no sea un capricho de la moda, tal vez sea un prodigioso paso de la ciencia.

Quizá no sea ni un vestido irresistible, ni un sombrero encantador, ni un aderezo celestial, acaso no sea mas que el prodigio del cosmético.

¿Será posible?

Hay un hombre que ha descubierto «La Belleza eterna,» y este hombre que se llama Raynaud ha participado al mundo civilizado su descubrimiento por medio de la imprenta.

La lengua del siglo vá de pueblo en pueblo, de casa en casa, anunciando á las gentes que el Sr. Raynaud vende á dos reales el arte supremo de conservarse y embellecerse.

Hermoso hombre debe ser este.

Mirad toda la profundidad de la maravilla.

Nada hay mas caro para los hombres que la belleza de las mujeres, la pagan á peso de oro y muchas veces á peso de desdichas; pero, ¡oh felicidad! Raynaud vende «La Belleza eterna» á dos reales.

La naturaleza avergonzada debe huir y ocultarse en el último rincón de la tierra.

Ella otorga el don de la hermosura á su capricho «gratis,» es verdad, pero apenas lo dá cuando lo quita.

Hermosura fugitiva que deslumbra como la luz del rayo, y que como el relámpago desaparece.

Hermosura cruel que se escapa precisamente cuando mas se necesita.

El Sr. Raynaud es mucho mas generoso que la naturaleza: da por dos reales una belleza eterna.

Las mujeres, embellecidas por el Sr. Raynaud, pueden decir ya sin escrúpulo y sin reparo: esta belleza es mia, como los demás decimos: ese es mi sombrero, este es mi reloj, aquella es mi casa.

¿Será este el nuevo encanto que ha adquirido el atractivo de las mujeres?

Tampoco es este.

Ni á la moda, ni á la química, ni al arte del Sr. Raynaud deben las mujeres este famoso descubrimiento.

Ni consiste en la corrección del perfil, ni

en la gracia de la sonrisa, ni en la dulzura de la mirada.

Ni consiste tampoco en el aire seductor de un lazo espiritual, ni en el color, ni en la figura, ni en los adornos.

Es un atractivo que no está en las mujeres, que está solo en la mujer, porque está en todas y solo podemos encontrarlo en una.

Encanto singular, ellas mismas no saben que lo tienen y parecen como que están empeñadas en no querer tenerlo.

Fijemos por un momento las miradas, detengámonos un instante.

No hay nada que quite tanto la vida al hombre como las mujeres.

Todos dicen á todas: Juana, Emilia, Francisca, Nicolasa, Julia: yo me muero por tí.

¿Quién no ha dicho muchas veces: esa mujer me está matando?

Esa mujer es unas veces una, y otras veces otra, ó mas bien, lo dicen todos los hombres de todas las mujeres.

—¿Me quieres? pregunta la mujer.

Siempre que hace esta pregunta es que lo sabe.

El hombre contesta: no como, no duermo, no pienso, no vivo.

Eso lo preguntan todas y lo contestan todos.

Los hombres se pierden por las mujeres, se arruinan por las mujeres, se deshonoran por las mujeres, se mueren por las mujeres y se matan por las mujeres.

Las mujeres! hé ahí la muerte del hombre.

Pues bien, hé aquí el prodigio.

Las mujeres nos matan, pero hay una mujer que nos alarga la vida.

—¿Dónde está esa mujer?

—En todas partes.

—¿Cómo encontrarla?

—Donde quiera que haya una mujer, esa es.

—¿Será hermosa?

—O fea.

—¿Será rica?

—O pobre.

—¿Son todas?

—Es una.

—¿Una sola posee ese singular privilegio?

—No, lo poseen todas.

—Hé aquí una cosa inexplicable.

—Hé aquí una cosa matemática.

—Es un juego de palabras.

—Todo lo contrario, una serie de hechos.

—¿Quién lo sabe?

—La experiencia.

—¿Quién lo cuenta?

—Los mineros.

—Abramos el arcano.

El doctor Stark ha leído la Academia de Edimburgo una estadística: de ella resulta que los hombres casados viven por término medio veinte años mas que los solteros.

Y debe ser así.

El amante dice á todas las mujeres: «Por tí me muero.»

El marido dice á su mujer. «Por tí vivo.»

Dice el amante; mi esperanza, mis ilusiones, mi amor.

Y dice el marido: mi mujer, mis hijos, mi familia.

El amante dice, estoy loco.

El marido dice: estoy contento.

Soy feliz, esclama el amante.

Y esclama el marido; soy padre.

«Tú eres mi alma, tú eres mi vida, tú eres mi corazón,» dice el amante á todas las mujeres.

Y el marido solo puede decirle á una sola: «Tu eres mi mujer.»

Hé aquí una doble cuestion de moral y de higiene.

Y hé aquí el nuevo atractivo que ha adquirido el imperio que la mujer ejerce sobre el hombre.

Hé aquí un encanto con que ellas no contaban.

Las mujeres matan.

La mujer dá la vida.

Todas son mentira.

Una es verdad.

Todas son la locura ó el vicio.

Una es el juicio y la virtud.

Muchas son el placer.

Una es la felicidad.

J. SELGAS.

## VARIEDADES.

### LOS OJOS.

Los ojos son los dijes mas primorosos del semblante.

Intérpretes del corazón.

Fotografía de los secretos del alma.

Los ojos hablan.

Tienen lengua y espresion.

Lágrimas dulces y abrasadoras.

Sonrisas de odio y de felicidad.

Cuando dos ojos se encuentran sin conocerse, se saludan y pasan de largo como un hombre saluda á otro para pedirle fuego.

Si se conocen un poco se dicen: *V, lo pase bien.*

Pero si hay alguna confianza, se dicen: *Adios.*

Al tropezar dos ojos cuyos dueños son de distinto sexo, median algunas palabras por este estilo:

Los ojos de él:—*No me gusta V.*

Los de ella:—*Me importa poco.*

Y ambos continúan tranquilamente su camino.

O bien este otro diálogo:

Los de él:—*Me gusta V. mucho.*

Los de ella:—*Mil gracias.*

Y tambien continúan su camino, aunque volviendo *el rabillo del ojo* para mirarse.

A veces varian las especies:

Los ojos de él:—*Estoy loco por tí.*

—Los de ella:—*No será difícil que te corresponda.*

—*¿Te sigo?*

—*Sígueme.*

Este suele ser el prólogo de unos amores de *impresion.*

Los ojos de dos amigos se abrazan.

Los de dos amantes se besan.

Los de dos niños se sonrien.

Cuando el corazón sufre un pesar, los ojos miran al cielo, y entonces suspiran.

Cuando este pesar es demasiado fuerte, lloran.

El lenguaje de las miradas es frecuentemente la hipocresía de los ojos.

Cuando una mujer quiere disimular, hace uso de ciertas miradas especiales.

Es muy comun que cuando una mujer hable en público con dos hombres, al que mas mira es al que menos vé: y al que menos mira al que mas quiere.

La mirada de la coqueta es una verdadera obra artística. Es el anzuelo preparado para toda clase de goces y que participa de toda clase de cebos.

Cuando los ojos vagan distraidos, la imaginacion medita.

Cuando se fijan inmóviles, la imaginacion duerme.

Estos instantes son muy comunes; son aquellos en que el pensamiento, cansado de correr, se detiene y descansa.

El color de los ojos es la armonía de la mirada.

Los ojos negros en rostro blanco son la tempestad entre la aurora.

En rostro pálido son la noche entre el crepúsculo de la tarde.

En rostro moreno son la llama brotando entre la hoguera.

Si quereis una mirada ardiente, sensual, serena ó amenazadora, impregnada de ódio, magestad ó locura, pedidla á unos ojos negros.

Los ojos azules son la dulzura, la compasion, el cariño.

El azul es el color de la inmensidad.

Ojos azules en rostro blanco, son dos pedazos de cielo entre un bosque de azucenas.

En rostro pálido son dos diamantes engastados entre perlas.

En rostro moreno son dos luceros entre nubes.

Si quereis una mirada tierna, inocente, espiritual, de dolor, confianza ó súplica, pedidla á unos ojos azules.

Los ojos verdes son casi escepcionales y los demás ojos son poco notables por su color. Abundan mucho y están mas baratos.

Hay otros ojos que siempre son negros. Negros como la tristeza.

Los ojos sin luz.

Estos no hablan con el mundo, pero hablan con su conciencia. Hablan con Dios en ese lenguaje mudo y elocuente del espíritu de la criatura con el de su Criador.

¡Bienaventurados los ciegos, porque sus ojos no mienten, ni ven mentir!

### ROMANCE MORISCO.

Caballero Abencerraje,  
el del capellar de grana;  
si tienes el noble pecho  
como dicen en Granada,  
de acero para el contrario,  
de cera para las damas.  
muy tranquilo te paseas  
y diviertes en Alhama,  
sabiendo que hace tres días  
te está esperando Zoraida.  
Prepárate para verla;  
monta tu yegua gallarda;  
franco tienes el camino,  
y franca tambien la entrada,  
para llegar donde espera  
llorosa y enamorada.  
Tu voluntad es tan solo  
la que aquí te pone valla.  
Anda pronto caballero,  
que llora mucho Zoraida,  
y mañana no tendrá  
perlas que llorar el Alba.

En un risueño aposento  
fornado de seda y plata,

te aguarda la triste mora  
con mil amorosas ansias,  
entre cadenas de celos  
presa, la infeliz el alma,  
y punzado el corazon  
por unas agudas lanzas,  
que aflára con sus manos  
la fiera desconfianza.

Pronto, noble Abencerraje,  
monta tu yegua bizarra,  
y corre cual corre el viento  
á donde el amor te llama.

Aguija, buen caballero,  
que llora mucho Zoraida,  
y mañana no tendrá  
perlas que llorar el Alba.

FAUSTINO DIAZ Y SANCHEZ.

### MISCELÁNEA.

¿No podían los voluntarios de la República presentarse en el Gran Teatro sin ir armados de sus fusiles ó escopetas, armas en aquel sitio innecesarias, y que arguyen una falta de buen sentido, convirtiendo el Teatro en campamento? Guardénelas en buen hora para la aparicion de los carlistas ó cosacos, y no profanen con su aspecto belicoso el templo de Talía, recinto augusto de la serenidad y de las artes.

\* \*

Seria de desear que por quien corresponda se evitara el abuso que ha empezado á notarse en el paraiso del Gran Teatro, de estar muchos cubiertos y fumando. Lo primero, revela falta de prácticas de teatro, ó un olvido absoluto del respeto y consideracion que á los artistas y al público se deben. Lo segundo sobre participar de esta circunstancia produce una gran humareda que tanto molesta á las señoras y que precisa á toda costa evitar.

\* \*

Desde hace algunos días se encuentran entre nosotros nuestros distinguidos amigos los Sres. de Piedrola, de Montoro con sus lindísimas hijas, repuesta una de ellas de la penosa enfermedad que ha venido sufriendo.

\* \*

Hemos tenido ocasion de ver las bellísimas decoraciones que el Sr. Candelback ha pintado para la zarzuela *El Molinero de Subiza*. Ellas como todas las debidas al inspirado pincel de este artista responden dignamente á la justa reputacion que disfruta y que le colocan á la altura de nuestros primeros pintores escenógrafos.

De la ejecucion de aquella zarzuela nos ocuparemos en el próximo número.

REMITIDO.—Solucion á las charadas insertas en el número anterior:

*Charada.—Palomar.*

CÓRDOBA:

Establecimiento tipográfico de LA ACTIVIDAD,  
Azonaicas, 4.

—Matarse por tener mucho dinero! exclamó el baron riendo expansivamente; ja! ja! ja! vaya una simpleza!

Era la primera vez, despues de mucho tiempo, que el baron se reia así.

—Decidme, repuso el génio con aire suplicante y manifestando grande ansiedad: ¿acostumbrais á reiros muy á menudo?

--¿Porqué me lo preguntais?

—Porque vuestras risas me hacen daño. Suspirad, suspirad cuanto querais; eso al menos consuena.

El baron suspiró maquinalmente, y el génio recobrando su espíritu le presentó el cuchillo de caza con la politica mas seductora.

—Ah! vaya una mala idea, dijo Koildwethout sintiendo la fria punta del acero: matarse por tener mucho dinero.

—Bah! dijo la aparicion con petulancia: no es mejor la de matarse por no tener un cuarto?

Ignoramos si su lengua al pronunciar estas palabras obró con mas prontitud que con la que le hubiera permitido su voluntad, ó si creia la resolucio'n del señor del Tromsberg bastante firme para que no concediese mucha atencion á sus palabras; pero si diremos que al oirlas Koildwethout se detuvo de pronto, abrió desmesuradamente los ojos y pareció considerar el negocio bajo un punto de vista completamente nuevo.

—El caso es, dijo, que no hay nada tan malo que no tenga remedio.

—A excepcion de vuestras arcas vacias! gritó el génio.

—Tambien pueden llenarse.

—Vuestra mujer riñe, tiene mal génio y todo el dia lo pasa rabiando.

—Oh! ya haremos que se calle, dijo el baron blandiendo en su mano las tenazas como si amenazase á alguien: nada mas fácil.

—Pero teneis trece hijos.

—No todos han de pasarlo mal.

El génio se irritaba evidentemente de las inesperadas opiniones del que ya creia su presa; pero procuró sonreirse y le preguntó que cuando acabaria de chancearse.

—No me chanceo; jamás he hablado con mas formalidad.

—Siendo así me alegro, dijo el génio sonriéndose horrorosamente; por que si os he de hablar con frauqueza, las bromas y los largos razonamientos son mortales para mí. Conque, vamos, degemos este mundo de miserias...

—A la verdad, dijo el baron jugando con su cuchillo de caza: este mundo no ofrece mas que disgustos y miserias; pero no creo que deba preferirse el vuestro; al contrario, (añadió mirándole de pies á cabeza) porque no teneis el aire muy... confortable, vamos al decir. Y voto á brios que eso me hace pensar que al dejar este mundo no he de ser por eso mas feliz.

—Vamos, despachareis!, gritó el génio rechinando los dientes.

—Ydos al diablo, dejadme en paz, concluyó el baron; desde hoy dejaré de vestir de negro, tomaré el tiempo como venga, respiraré el aire fresco de la mañana, cazaré, y si me atormentan y gritan, gritaré mas que la misma baronesa, (aquí volvió á agitar las tenazas,) y enviaré ¡voto á brios! á paseo á todos los Swillenhause!

Al concluir estas palabras se recostó en su sillón y soltó una carcajada que hizo estremecer todo el aposento.

La aparicion retrocedió uno ó dos pasos, miró á Koildwethout con suma expresion de terror, y clavándose violentamente su venablo en el pecho, desapareció dando un ahullido.

Von Koildwethout no volvió á ver á la aparicion ni se le volvió á aparecer nada. Uniendo la accion á las amenazas, pronto hizo entrar en razon á la baronesa y á los Swillenhause. y murió largo tiempo despues sin fortuna pero feliz dejando una numerosa prole, no sin haber puesto á los varones de ella al corriente de como se cazaban los osos y los jabalies.

Al pronunciar estas palabras volvi6se el aparecido á Koil-dwethout como si se preparase á obrar; y lo que fué mas notable es que echándose el manto á un lado y enseñando un acerado venablo que le atravesaba el corazon, se lo arrancó violentamente y lo puso sobre la mesa con tanta tranquilidad como si hubiera sido el látigo de viage.

—Ahora, dijo el espectro dirigiendo una mirada al cuchillo de caza, estais dispuesto?

—Todavía no, respondió el baron: dejad que acabe de fumar esta pipa.

—Despachaos!...

—¿Teneis prisa?

—Oh, si, mucha; tengo varios negocios pendientes en Francia y en Inglaterra, y mis momentos están contados.

—¿No bebeis? preguntó el baron señalando la copa con el cañon de su pipa.

—De diez veces, nueve, y mucho, contestó el génio con seguridad.

—Nunca bebeis moderadamente?

—Nunca, respondió la aparicion suspirando; eso engendra la alegria.

El baron miró otra vez á su interlocutor á quien consideraba como un ser extraordinario y fantástico, y le preguntó si tomaba una parte activa en los asuntos de poca monta, del género de aquellos de que trataban en aquel momento.

—No, respondió el génio evasivamente, pero estoy siempre presente.

—Sin duda para ver si el negocio se hace en regla, ¿no es así? dijo el baron.

—Instantamente, respondió el espectro jugando con su venablo cuyo hierro examinaba. Despachad cuanto antes, porque me aguarda un jóven desesperado porque tiene mucho dinero y está muy ocioso.